

como el entusiasmo de que habían dado muestra los disidentes en defensa de los Obispos. Penn, el cual aunque había sacrificado riquezas y honores á sus escrúpulos de conciencia, parece haber imaginado que nadie tenía conciencia sino él, atribuía el descontento de los puritanos á envidia y ambición no satisfecha. No habían tenido parte en los beneficios prometidos en la Declaración de Indulgencia; ninguno de ellos fuera admitido en empleos elevados y honrosos, y por tanto no era extraño que tuvieran envidia á los católicos. Y así, una semana después de haberse pronunciado el gran veredicto en Westminster Hall, Silas Titus, conocido presbiteriano, vehemente exclusionista y uno de los *managers* cuando la acusación de Stafford, fué invitado á ocupar una vacante en el Consejo privado. Era una de las personas en quien tenía más confianza la oposición. Pero el honor con que ahora le brindaban, y la esperanza de poder cobrar una gran suma que le adeudaba la Corona, dieron al traste con su virtud, y con gran disgusto de los protestantes de todas las sectas, aceptó el puesto que se le ofrecía (1).

X.

PROCESOS DE LA COMISIÓN ECLESIASTICA.—DIMISIÓN DE SPRAT.

Aun no se habían realizado los vengativos designios del Rey contra la Iglesia anglicana. Casi todos los arcedianos y canclleres diocesanos se negaron á

(1) *Gaceta de Londres*, julio 9, 1688; *Adda*, julio 13 (23); *Diario de Evelyn*, julio 12; *Johnstone*, dic. 8 (18), 1687, y feb. 6 (16), 1688.

presentar la información requerida. Llegó el día prefijado, en que todo el clero debía comparecer á dar cuenta de su desobediencia. Reunióse la Comisión eclesiástica, y resultó que apenas si uno solo de los encargados de verificar la información la había enviado. Al mismo tiempo se presentaba en la mesa del Consejo un documento de gran importancia. Enviáballo Sprat, obispo de Rochester. Durante dos años, sostenido por la esperanza de un arzobispado, no había retrocedido ante el reproche de perseguidor de aquella Iglesia que estaba obligado, por deber de conciencia y honor, á defender. Mas al fin había salido fallida su esperanza. Vió que á menos de abjurar su religión, no tenía probabilidad de ocupar la silla metropolitana de York. Era de buen natural para encontrar el menor placer en la tiranía, y tenía demasiado entendimiento para no advertir que se acercaba el tiempo de las represalias. Resolvió, pues, resignar sus odiosas funciones, y comunicó esta determinación á sus colegas en una carta escrita, como todas sus composiciones en prosa, con gran propiedad y dignidad de estilo. Era imposible, decía, que pudiera continuar por más tiempo en la Comisión eclesiástica obedeciendo las órdenes del Rey; había leído la Declaración de Indulgencia, pero no podía condenar á millares de piadosos y leales teólogos por creer que su deber les obligaba á obrar de otro modo; y desde que se había resuelto castigarles por haber obrado de acuerdo con su conciencia, él debía declarar que antes sufriría con ellos, que contribuir á sus sufrimientos.

La lectura de esta carta llenó de terror á los comisarios. Las faltas de su colega, su conocida elasticidad de principios, la notoria bajeza de su carácter, hacían doblemente alarmante su defección. Bien puede decirse que un Gobierno pelagra, cuando hom-

bres como Sprat le hablan en el lenguaje de Hampden. El Tribunal, antes tan insolente, se hizo de pronto singularmente amable. Los funcionarios eclesiásticos que habían desafiado su autoridad, no fueron siquiera reprendidos. No se creyó oportuno ni hacer entrever la sospecha de que su desobediencia había sido intencional. Únicamente se les ordenó tener pronto sus informes de allí á cuatro meses, con lo cual los comisarios, llenos de confusión, se separaron. La Comisión eclesiástica había recibido un golpe mortal (1).

XI.

DESCONTENTO DEL CLERO.

Mientras la Comisión eclesiástica rehuía la lucha con la Iglesia anglicana, la Iglesia, conocedora de su fuerza y animada de nuevo entusiasmo, provocaba con una serie de desafíos los ataques de la Comisión. Poco después de ser absueltos los Obispos, el venerable Ormond, el mas ilustre *caballero* de la guerra civil, cedió al peso de las enfermedades y de la edad. La noticia de su muerte fué llevada con gran rapidez á Oxford. Inmediatamente la Universidad, de la cual había sido canciller tanto tiempo, se reunió para nombrarle sucesor. Un partido sostenía al elocuente y entendido Halifax, otro al grave y ortodoxo Nottingham. Algunos mencionaban al Conde de Abingdon, que residía cerca de Oxford y recientemente fuera privado del cargo de lugarteniente del Condado, por negarse á se-

(1) *Cartas de Sprat al Conde de Dorset; Gaceta de Londres, agosto 23, 1688.*

cundar los planes del Rey contra la religión nacional. Pero la mayoría, formada de ciento ochenta graduados, votó al joven Duque de Ormond, nieto del Canciller difunto é hijo del esforzado Ossory. La rapidez con que adoptaron esta resolución fué producida por el temor de que, si se retardaban un solo día, el Rey intentaría obligarles á aceptar algún jefe que hiciese traición á sus derechos. El temor era muy fundado, pues á las dos horas de separarse llegó un mensajero de Whitehall mandándoles elegir á Jeffreys. Felizmente ya entonces estaba terminada la elección del joven Ormond y era irrevocable (1). Algunas semanas después el infame Timoteo Hall, que se había distinguido entre el clero de Londres leyendo la Declaración, obtuvo en recompensa el obispado de Oxford, que había estado vacante desde la muerte del no menos infame Parker. Vino Hall á tomar posesión de la Sede; pero los canónigos de la catedral se negaron á asistir á su instalación; la Universidad se negó á hacerle doctor; ni un solo estudiante acudió á él para recibir las sagradas órdenes; ni una sola cabeza se descubrió para saludarle; y en su palacio se encontró completamente solo (2).

Poco después quedó vacante una beca que pertenecía á Magdalene College, en Oxford. Hough y sus expulsados colegas se reunieron y propusieron un candidato, y el Obispo de Gloucester, en cuya diócesis radicaba el beneficio, nombró al propuesto sin la menor vacilación (3).

(1) *Gaceta de Londres, julio 26, 1683; Adda, Julio 27 (agosto 6); Carta noticiara en la Colección Mackintosh, julio 25; Correspondencia de Ellis, julio 28 y 31; Wood, Fasti Oxonienses.*

(2) Wood, *Athenæ Oxonienses; Diario de Luttrell, agosto 23 de 1688.*

(3) Ronquillo, set. 17 (27), 1688; *Diario de Luttrell, set. 6.*

XII.

DESCONTEÑO DE LA «GENTRY.»

La *gentry* se mostraba tan rebelde como el clero. Los tribunales de aquel verano ofrecieron en todo el país un aspecto hasta entonces desconocido. Los jueces, antes de emprender sus visitas, habían sido llamados á presencia del Rey, el cual les había ordenado inculcar á los grandes jurados y magistrados de todo el Reino el deber en que estaban de elegir para el Parlamento individuos dispuestos á secundar la política del Monarca. Los jueces obedecieron, arengaron con vehemencia contra el clero, cubrieron de insultos á los siete Obispos, calificaron de faccioso libelo la memorable petición, criticaron con gran aspereza el estilo de Sancroft, que en realidad se prestaba á la crítica, y declararon que Su Gracia debiera ser azotado por el Doctor Busby por escribir en tan mal inglés. Pero el único efecto producido por declamaciones tan poco decorosas fué aumentar el descontento público. Suprimiéronse todas las señales de público respeto que era costumbre tributar á la dignidad judicial y á la Comisión regia. Era antigua usanza que las personas de ilustre cuna y pingüe hacienda cabalgasen en el séquito del Sheriff, cuando acompañaba á los jueces á la capital del Condado; pero en las actuales circunstancias era muy difícil formar tal comitiva en cualquier parte del Reino. Los sucesores de Powell y Holloway, en especial, eran tratados con marcado desprecio. Habíaseles asignado el circuito de Oxford, y esperaban que en cada condado saldría á recibirles

una cabalgata de la *gentry* leal. Pero al acercarse á Wallingford, donde empezaba la visita del Berkshire, sólo el Sheriff vino á su encuentro, sucediendo lo mismo cuando llegaron á Oxford, capital realista de la provincia realista por excelencia (1).

XIII.

DESCONTEÑO DEL EJÉRCITO.

Casi tan desafecto como el clero ó la *gentry* se mostraba el ejército al Gobierno. La guarnición de la Torre había brindado por los Obispos prisioneros. La infantería acantonada en Lambeth había saludado con las mayores muestras de reverencia al Primado, cuando regresó á su palacio. En ninguna parte había sido recibida la noticia de la absolución con tanto entusiasmo como en la pradera de Hounslow. En verdad, el gran ejército que había reunido el Rey para atemorizar á la turbulenta capital, habíase hecho más turbulento que la capital misma, é inspiraba más temor á la Corte que á los ciudadanos. A principios de agosto el campamento fué disuelto, y las tropas acuarteladas en diferentes puntos del país (2).

Lisonjéabase Jacobo que le sería más fácil entenderse con batallones aislados que con muchos miles de hombres reunidos en un solo cuerpo. Hizose el primer experimento en el regimiento de infantería de lord Lichfield, que actualmente es el doce de

(1) *Correspondencia de Ellis*, agosto 4, 7, 1688; *Relación de la conferencia de 6 de noviembre de 1688*, por el obispo Sprat.

(2) *Diario de Luttrell*, 8 de agosto, 1688.

línea. Aquel regimiento fué elegido tal vez á causa de haber sido creado, cuando la insurrección del Oeste, en el Staffordshire, provincia donde los católicos eran más numerosos y tenían más poder que en ninguna otra parte de Inglaterra. Los soldados fueron llamados á presencia del Rey. El Mayor les informó que S. M. deseaba suscribieran un compromiso en el cual se obligaran á ayudarle á llevar á efecto sus intenciones respecto á la ley del *Test*, añadiendo que todos los que no quisieran obedecerle tendrían que abandonar el servicio en aquel mismo instante. Con gran asombro del Rey, filas enteras depusieron inmediatamente sus picas y mosquetes. Solo dos oficiales y algunos soldados, católicos todos, obedecieron la orden. El Rey permaneció en silencio breve espacio, y mandando enseguida á los soldados recoger las armas, les dijo con una mirada llena de cólera: «*Otra vez no os haré el honor de consultaros*» (1).

Era indudable, que de persistir en llevar adelante sus planes habría de reorganizar el ejército. Mas para tal intento no había medios disponibles en nuestra Isla. Los individuos de su Iglesia, aun en los distritos donde eran más numerosos, formaban una pequeña minoría. El odio al catolicismo se había extendido entre los protestantes de todas las clases, y había llegado á ser la pasión dominante de labriegos y artesanos. Pero había otra parte de sus dominios donde un espíritu muy diferente animaba la gran mayoría de la población. Serían innumerables los soldados católicos á quienes la buena paga y los buenos cuarteles de Inglaterra harían cruzar el Canal de San Jorge. Tyr-

(1) Así lo refieren tres escritores que muy bien podían recordar este tiempo: Kennet, Eachard y Oldmixon. Véase también el *Ca- veat contra los whigs*.

connel, durante algún tiempo, se había ocupado en organizar un ejército de aldeanos de su país, en el cual pudiese el Rey confiar plenamente. Ya se componía casi todo el ejército de Irlanda de católicos, de sangre y lengua céltica, y Barillon aconsejó á Jacobo con insistencia, una y otra vez, hacer venir aquel ejército á fin de atemorizar á los Ingleses (1).

XIV.

HACE VENIR EL REY TROPAS DE IRLANDA.

Jacobo vacilaba. Quería estar rodeado de tropas que le inspirasen confianza, pero temía la explosión de sentimiento nacional que debía producir, la presencia, en territorio inglés, de un gran ejército compuesto de Irlandeses. Por fin, como generalmente acontece cuando un hombre de débil juicio trata de evitar contrapuestos obstáculos, adoptó una resolución que los reunía todos. Hizo venir tropas de Irlanda, no las que hubieran bastado á sujetar tan solo la ciudad de Londres ó únicamente el condado de York, sino más de las suficientes para excitar alarma y cólera en todo el Reino, desde Northumberland hasta Cornualles. Uno tras otro, desembarcaron en la costa del Oeste los batallones formados y disciplinados por Tyrconnel, poniéndose en marcha hacia la capital, y se hacían venir reclutas irlandeses en número considerable para cubrir las vacantes de los regimientos ingleses (2).

(1) Barillon, agosto 23, (set. 2), 1688, y set. 3 (13), 6 (16) y 8 (18).

(2) *Diario de Luttrell*, agosto 27, 1688.

XV.

INDIGNACIÓN PÚBLICA.

De los muchos errores cometidos por Jacobo, ninguno fué tan fatal como éste. Ya se había enajenado la amistad del pueblo violando sus leyes, confiscando sus haciendas y persiguiendo su religión. De los que algún tiempo habían sido celosísimos defensores de la Monarquía, había hecho ya rebeldes declarados. Sin embargo, aun hubiera podido, con alguna probabilidad de éxito, invocar el patriótico espíritu de sus súbditos contra un invasor extranjero. Eran los Ingleses raza insular, no sólo por su posición geográfica, sino también por carácter. Ciertamente que sus antipatías nacionales se hallaban á la sazón irracional é inquebrantablemente arraigadas. Nunca habían podido acostumbrarse á sufrir la intervención de ningún extraño. La presencia de un ejército extranjero en su territorio podría impulsarles á reunirse hasta en torno de un Rey á quien no tenían ningún motivo para querer. Tal vez Guillermo no hubiera podido vencer esta dificultad, pero Jacobo se encargó de apartarla de su paso. Ni aun el arribo de una brigada de mosqueteros de Luis XIV hubiera excitado tan gran indignación y vergüenza, como sintieron nuestros padres al ver las ordenadas columnas de papistas, recién llegados de Dublín, marchando con pompa militar por los caminos reales. Ningún hombre de sangre inglesa miraba entonces como compatriotas suyos á los Irlandeses indígenas. No pertenecían á la misma rama que nosotros en la gran familia humana. Distingüíanse de nosotros por varias particularidades

morales é intelectuales, que la diferencia de país y educación, con ser tan grande, no bastaba á explicar. Tenían aspecto peculiar y lengua propia. Cuando hablaban inglés, su pronunciación era ridícula; su fraseología grotesca, como lo es siempre la del que piensa en una lengua y expresa sus pensamientos en otra. Eran, por tanto, extranjeros; y de todos los extranjeros, los más odiados y despreciados: los más odiados, por haber sido siempre, durante cinco siglos, enemigos nuestros; y los más despreciados, por que eran nuestros enemigos vencidos, esclavizados y despojados. El Inglés comparaba con orgullo sus campos, con los desolados pantanos de donde salían los *Rapparees* á robar y asesinar, y sus habitaciones, con las cabañas donde los aldeanos y los cerdos del Shannon se revolcaban juntos en inmundicia. Era el Inglés de aquellos tiempos individuo de una sociedad muy inferior, sin duda, en riqueza y civilización á la sociedad en que vivimos, pero que así y todo era una de las más ricas y más civilizadas que el mundo había visto: los Irlandeses se hallaban casi en el mismo estado que los salvajes del Labrador. El Inglés era hombre libre: los Irlandeses eran siervos hereditarios de su raza. El Inglés adoraba á Dios según un culto puro y racional: los Irlandeses estaban sumidos en la idolatría y la superstición. Sabía el Inglés que grandes multitudes de Irlandeses habían huído con frecuencia ante un pequeño número de tropas inglesas, y que toda la población de Irlanda había sido sometida por una colonia inglesa poco numerosa; de lo cual deducía con gran satisfacción que él era por naturaleza individuo de una raza superior á la irlandesa, que así explica siempre su ascendiente una raza dominante que trata de excusar su tiranía. Hase reconocido hoy por todos, que en vivacidad, ingenio

y elocuencia, los Irlandeses ocupan lugar distinguido entre todas las naciones del mundo. Que estando bien disciplinados son soldados excelentes, se ha probado en cien campos de batalla. Y sin embargo, es lo cierto que ciento cincuenta años ha, eran generalmente despreciados en nuestra Isla, como gente estúpida y cobarde. Y éstos eran los hombres que habían de someter por la fuerza á los Ingleses, mientras su constitución civil y eclesiástica era destruida. A esta sola idea, hirvió en las venas la sangre de la nación entera. El ser conquistados por Franceses ó Españoles hubiera parecido, en comparación, suerte más tolerable, pues con Franceses y Españoles estábamos acostumbrados á tratar de igual á igual. Algunas veces habíamos envidiado su prosperidad; algunas veces habíamos temido su poder; algunas veces nos habíamos congratulado con su amistad. A despecho de nuestro insocial orgullo, admitíamos que eran naciones grandes y que podían enorgullecerse de hombres eminentes en las artes de la guerra y de la paz. Pero ser subyugados por una casta inferior, era el colmo de la degradación. Los Ingleses experimentaron el mismo sentimiento que la población blanca de Charleston y Nueva-Orleáns hubiera sentido, si aquellas ciudades fueran ocupadas por guarniciones negras. Los hechos reales hubieran sido suficientes á excitar inquietud é indignación; pero los hechos reales se perdían en medio de una multitud de extraños rumores que sin cesar corrían de café en café y de una en otra cervecería, haciéndose más estupendos y terribles á medida que pasaban por nuevos sitios. El número de tropas irlandesas que había desembarcado en nuestras costas podían justamente excitar temor muy serio, en cuanto á los designios ulteriores del Rey; pero la pública aprensión lo hacía aún diez veces

mayor. Puede suponerse que los rudos paisanos de Connaught, colocados con armas en la mano en medio de un pueblo extranjero á quien odiaban y del cual eran odiados, habrían de cometer algunos excesos. Estos eran aumentados al correr de boca en boca, agregando á los ultrajes cometidos, realmente, por el extranjero, todas las ofensas de sus camaradas ingleses. De todos los rincones del Reino se levantó un grito de indignación contra los bárbaros extranjeros que allanaban las casas particulares, se apoderaban de carros y caballos, se llevaban el dinero y ultrajaban á las mujeres. Decíase que estos hombres eran hijos de los que cuarenta y siete años antes habían matado á millares los protestantes. La historia de la rebelión de 1641, historia que aun relatada con moderación excitaria lástima y horror, y que las antipatías religiosas y nacionales habían alterado lastimosamente, era entonces tema favorito de todas las conversaciones. Horribles historias de casas quemadas con todos sus habitantes dentro, de mujeres y niños asesinados, de próximos parientes obligados por el tormento á asesinarse los unos á los otros, de cadáveres ultrajados y mutilados, eran relatadas y oídas con grandísimo interés y entero crédito. Entonces se añadía que los feroces salvajes que por sorpresa habían cometido todas estas crueldades con una colonia inocente é indefensa, tan pronto había llegado allí Cromwell para cumplir su gran misión de venganza, llenos de pánico arrojaron las armas, y sin probar siquiera la suerte del combate en una sola batalla, habían caído en aquella esclavitud en que actualmente vivían. Muchas señales indicaban que el Lord Lugarteniente meditaba otro gran despojo y matanza de colonos sajones. Millares de protestantes que habían huído de la injusticia é insolencia de Tyrconnel, des-

pertaran ya la indignación de la madre patria, describiendo todo lo que habían sufrido y todo lo que con fundamento habían llegado á temer. La excitación producida en el espíritu público por las quejas de estos fugitivos se había demostrado recientemente de una manera que no dejaba lugar á duda. Tyrconnel había sometido á la aprobación del Rey las bases de un *bill* revocando la ley que había dispuesto de la mitad del territorio de Irlanda, y había enviado á Westminster, en calidad de agentes suyos, á dos compatriotas católicos elevados recientemente á altos empleos judiciales; Nugent, Chief Justice del Tribunal irlandés del Banco del Rey, personificación de todos los vicios y debilidades que los Ingleses consideraban entonces característicos del celta católico; y Rice, barón del Tesoro de Irlanda, que en talento y saber era tal vez el primero de los de su raza y de su religión. El objeto de la misión era bien conocido; y los dos jueces no podían presentarse en las calles, pues no bien eran reconocidos por la multitud les gritaban: «¡Plaza á los Embajadores irlandeses!» y su coche era escoltado con ridícula solemnidad por una fila de ujieres y alabarderos armados de garrotes en cuyas puntas fijaban patatas (1).

Tan fuerte y general era realmente, en aquel tiempo, la aversión de los Ingleses para los Irlandeses, que los más distinguidos católicos participaban también de ella. Powis y Bellasyse manifestaron en términos duros y groseros, aun en la mesa del Consejo, la antipatía que les inspiraban los extranjeros (2). Entre los protestantes ingleses era mayor aún esta aversión, y

(1) King, *Estado de los protestantes de Irlanda; Consultas secretas del partido católico de Irlanda.*

(2) *Consultas secretas del partido católico de Irlanda.*

donde tal vez se mostraba más poderosa, era en el ejército. Ni oficiales ni soldados estaban dispuestos á tolerar pacientemente la preferencia mostrada por su amo á una raza extranjera y sometida. El Duque de Berwick, que era coronel del octavo regimiento de línea, acuartelado entonces en Porstmouth, dió orden de alistar á treinta individuos recién llegados de Irlanda. Los soldados ingleses declararon que no servirían con los intrusos. Juan Beaumont, teniente coronel, en su nombre y en el de cinco capitanes, protestó, á presencia del Duque, del insulto hecho al ejército y á la nación inglesa. «*Hemos organizado el regimiento, dijo, á nuestras expensas, para defender la Corona de S. M. en tiempo de peligro; y nunca hemos paesto dificultad en buscar centenares de reclutas ingleses. Fácilmente podemos completar todas las compañías sin admitir Irlandeses. Así, pues, juzgamos ofensivo á nuestro honor que se nos obligue á admitir por fuerza á estos extranjeros, y suplicamos que se nos permita ó mandar hombres de nuestra nación ó abandonar el servicio.*» Berwick pidió instrucciones á Windsor. El Rey, lleno de indignación, despachó inmediatamente alguna caballería á Porstmouth con orden de traer á su presencia los seis oficiales rebeldes. Se les sometió á un consejo de guerra, y como se negasen á ceder, se les sentenció á ser degradados, que era el mayor castigo que entonces podía imponer un tribunal marcial. La nación entera aplaudió á los exonerados oficiales, y contribuyó á estimular el sentimiento predominante, el infundado rumor de que mientras habían estado en el arresto, fueran tratados con crueldad (1).

(1) *Historia de la deserción, 1689; compárense las dos primeras ediciones; Barillon, set. 8 (18), 1688; Citters en igual fecha; Clarke, Vida de Jacobo II, II, 168, El compilador de esta última obra dice*

XVI.

LILLIBULLERO.

No se manifestó entonces el sentimiento público con aquellas señales á que ya estamos acostumbrados, grandes reuniones y vehementes discursos. Sin embargo, no le faltó medio de manifestarse. Tomás Wharton, que en el último Parlamento había representado el Condado de Buckingham, el cual era ya famoso entre los libertinos y los whigs, había escrito una balada satirizando la administración de Tyrconnel. En este pequeño poema, un irlandés felicitaba, en bárbara jerga, á un compatriota suyo con motivo del próximo triunfo del catolicismo y de la raza Milesia. El heredero protestante será excluido de la Corona. Los oficiales protestantes serán expulsados. La Magna Carta y los necios que la invocan serán colgados de una cuerda. El buen Talbot hará llover mandos militares entre sus paisanos y cortará el cuello á los Ingleses. Estos versos, que en nada se distinguían de la ordinaria poesía callejera, tenían por estribillo algunas sílabas incoherentes, que se decía habían servido de santo y seña á los insurgentes de Ulster, en 1641.

que Churchill hizo que el tribunal sentenciase á muerte á los seis oficiales. No se encuentra esta anécdota entre los papeles del Rey, por lo cual yo la coloco entre las mil ficciones inventadas en Saint-Germain á fin de ennegrecer aún mas un carácter bastante negro de suyo, sin necesidad de tales invenciones. Es muy probable que en esta ocasión se haya fingido Churchill muy indignado para mejor ocultar la traición que meditaba; pero es imposible creer que hombre de tan buen sentido llegase á exigir de los individuos de un consejo de guerra, la imposición de un castigo que, como nadie ignoraba, no caía bajo su competencia.

Los versos y el estribillo se apoderaron por completo de toda la nación. De uno á otro extremo de Inglaterra, todas las clases de la sociedad cantaban constantemente la estrafalaria canción, pero más que nada hacía las delicias del ejército inglés. Mas de setenta años después de la revolución, un gran escritor delineaba con exquisita habilidad, el retrato de un veterano que había peleado en el Boyne y en Namur. Uno de los rasgos característicos del buen viejo era su manía de silbar el *Lillibullero* (1).

Posteriormente, Wharton se alababa de haber arrojado á un rey de tres reinos por medio de una canción. Pero, en realidad, el éxito de *Lillibullero* fué efecto, y no causa, del estado de excitación pública que produjo la revolución.

XVII.

POLÍTICA DE LAS PROVINCIAS UNIDAS.

El partido holandés que era favorable á Francia estaba formado por una minoría, la cual, sin embargo, tenía fuerza suficiente, según la Constitución de la federación báltica, para impedir que el Estatuder diese un gran golpe. Sostener en aquella minoría los mismos sentimientos debía ser el objeto principal al que, si la Corte de Versalles hubiera obrado con prudencia, debiera haber pospuesto, en aquella ocasión, todo lo de-

(1) Hállase la canción de Lillibullero entre los *Poemas políticos*. En las *Reliquias* de Percy puede verse la primera parte, pero no la segunda, añadida después del desembarco de Guillermo. En el *Examiner* y en varios libelos de 1712 se menciona á Wharton como autor de la canción.

más. Sin embargo, desde hacía algún tiempo Luis XIV parece que había tenido empeño en indisponerse con sus amigos de Holanda, consiguiendo por último, aunque no sin dificultad, obligarles á convertirse en enemigos suyos, precisamente en el momento en que su ayuda hubiera sido para él de incalculable valor. Dos cosas había en que el pueblo de las Provincias Unidas se mostraba más celoso, y eran éstas la religión y el comercio; y contra su religión y su comercio dirigió sus ataques el Rey de Francia. La persecución de los hugonotes y la revocación del edicto de Nantes habían excitado por doquiera lástima é indignación en los protestantes. Pero en Holanda estos sentimientos fueron más poderosos que en ningún otro país; pues muchos Holandeses, confiados en las repetidas y solemnes declaraciones de Luis XIV, respecto á mantener la tolerancia concedida por su abuelo, se habían establecido en Francia para dedicarse al comercio, y una gran parte de los colonos había tomado carta de naturaleza. A la sazón todos los correos traían á Holanda noticia de que aquellas personas eran tratadas con extremado rigor á causa de su religión. Referíase que á uno le habían obligado á dar alojamiento en su casa á los dragones, á otro lo habían puesto desnudo junto al fuego hasta que ya estaba medio asado, y á todos se prohibía, bajo las más severas penas, celebrar los ritos de su religión ó salir del país en el cual, cediendo á falsas promesas, se habían establecido. Los partidarios de la Casa de Orange clamaban contra la crueldad y perfidia del tirano. La oposición estaba avergonzada y sin ánimo. Hasta los magistrados de Amsterdam, íntimamente unidos á la causa de Francia y á la teología Arminiana, y por tanto, poco inclinados á encontrar defectos en Luis XIV ó á simpatizar con los calvinistas á quienes perseguía,

no se aventuraban á oponerse al sentimiento general, porque en aquella gran ciudad apenas se encontraba un comerciante rico que no tuviese algún pariente ó amigo entre las víctimas. Peticiones autorizadas por numerosas y respetables firmas fueron presentadas á los burgomaestres, implorándoles hacer alguna representación enérgica al enviado francés, Avaux. Y aun hubo algunos solicitantes que acudían á la Casa Consistorial, y puestos de rodillas, derramando lágrimas é interrumpidos por los sollozos, describían la triste condición á que ahora se veían reducidas las personas que más amaban, y solicitaban la intercesión de los magistrados. En los púlpitos sólo se pronunciaban invectivas y lamentos. La imprenta daba á luz desgarradoras narraciones y exhortaciones políticas. Avaux vió toda la magnitud del peligro. Anunció á su Corte que aun los bien intencionados—nombre que daba siempre á los enemigos de la Casa de Orange—ó compartían el sentimiento público ó no se atrevían á contrarrestarlo, é indicaba la conveniencia de hacer algunas concesiones á los deseos de los Holandeses. Respondieronle dura y fríamente de Versalles. A algunas familias holandesas que no se habían naturalizado en Francia ya se les permitía volver á su país, pero á los Holandeses que habían obtenido carta de naturaleza, Luis XIV se negaba á conceder la más leve indulgencia. Ningún poder de la tierra, decía, tenía que intervenir entre él y sus súbditos. Aquellas personas habían querido ser súbditos suyos, y ningún Estado vecino tenía que entrometerse en la manera como él los tratase. Los magistrados de Amsterdam se resentieron, como era natural, de la desdeñosa ingratitud del hombre poderoso á quien con entusiasmo y sin escrúpulo habían servido, yendo contra la opinión general de sus propios compatriotas. Pronto se siguió otra

provocación que hubieron de sentir aún más vivamente. Luis XIV empezó á hacer la guerra á su comercio. Publicó primero un edicto prohibiendo la importación de arenques en sus dominios. Avaux se apresuró á informar á su Corte que esta medida había producido gran alarma é indignación; que sesenta mil personas subsistían de la pesca del arenque en las Provincias Unidas, y que probablemente los Estados adoptarían alguna medida enérgica en represalias. Recibió por respuesta que el Rey, no sólo estaba resuelto á persistir en aquella medida, sino también á aumentar los derechos de muchos artículos en que Holanda hacía lucrativo comercio con Francia. Consecuencia de estos errores, cometidos á despecho de repetidas advertencias, y según parece, solamente por mero capricho, fué que ahora cuando la voz de un solo miembro poderoso de la federación báltava hubiera podido impedir un acontecimiento fatal á toda la política de Luis XIV, tal voz no llegara á oírse. El enviado francés, con toda su habilidad se esforzó en vano en reunir el partido con cuya ayuda inutilizara, durante varios años, los esfuerzos del Estatuder. La arrogancia y obstinación del amo hicieron perder todo lo conseguido merced á los esfuerzos del servidor.

XVIII.

ERRORES DEL REY DE FRANCIA. — SU CONTIENDA
CON EL PAPA.

Por fin Avaux se vió obligado á enviar á Versalles la alarmante noticia de que no se podía confiar en Amsterdam, tanto tiempo devota á la causa de Francia; que algunos de los bien intencionados estaban llenos de alarma por su religión, y que los pocos cuyas inclinaciones permanecían invariables, no podían aventurarse á decir lo que pensaban. La fervida elocuencia de los predicadores que declamaban contra los errores de la persecución de Francia, y los lamentos de los comerciantes quebrados que atribuían su ruina á los decretos franceses, habían excitado la animosidad del pueblo, de tal modo, que ningún ciudadano podía declararse favorable á Francia, sin correr inminente riesgo de ser arrojado al canal más próximo. Recordaba el pueblo, que solamente quince años antes, el jefe más ilustre del partido contrario á la Casa de Orange, fuera hecho pedazos por una multitud furiosa en el mismo recinto del palacio de los Estados Generales. Fin semejante tendría probablemente todo el que en esta crisis fuera acusado de secundar los planes de Francia contra su tierra natal y la religión reformada (1).

(1) Véanse las *Negociaciones del Conde de Avaux*. Me sería casi imposible citar todos los pasajes que me han servido para esta parte de la narración. Los más importantes se hallarán en las siguientes fechas: en 1685, set. 20, set. 24, oct. 5, dic. 20; en 1686, enero 3, nov. 22; en 1687, oct. 2, nov. 6, nov. 19, y en 1688, julio 29